

Prólogo

«¿Qué...? ¿Qué es esto? ¿Dónde estoy?»

Está lloviendo, pero al mismo tiempo, todo arde en llamas.

«Escucho gritos, están... llorando».

—¡Hideki! ¡Hideki! Despierta; por favor, no nos abandones, ¡te necesitamos!

«¿Quién... quién está llorando? Me siento muy débil... No puedo moverme. Siento un dolor muy intenso, estoy desangrándome, tengo una herida muy grande en el pecho. ¿Qué es eso?, eso es... Él es... No, ¿qué está pasando?»

—¡Hideki...! Por favor, te necesitamos... Yo... yo te necesito.

—¿Me... necesitas? Pero, ¿quién eres tú?

Desperté repentinamente en mi habitación. No recuerdo bien el sueño que tuve, tampoco quién estaba allí.

Tengo una extraña sensación, siento una gran opresión en el pecho. Decidí no ir a la escuela; mis padres trabajan mucho, así que no se enterarán. Hoy me quedaré en casa, solo saldré a la tienda.

Tomé dinero, salí de casa hambriento y con prisa, ya quería regresar para jugar... O esos eran mis planes. No es que tuviera otra cosa que hacer, ya estoy harto de la rutina, nunca sucede nada emocionante.

Iba caminando por la calle, mientras observaba lo mismo de siempre: automóviles por las calles, personas yendo a su trabajo, niños a la escuela. ¿Algún día cambiará esto? A veces me pregunto, ¿cómo será ser admirado por todos?, ser alguien que inspire a los demás a ser como tú.

«Si me atropellara un camión, ¿podría ir a un mundo mágico? No, eso no es real»

Llegué a la tienda, recorrí los pasillos buscando algo para comer. Escuché un fuerte golpe detrás de mí, alguien comenzó a gritar.

—¡Dame todo el dinero, anciano!

Miré atrás para ver lo que ocurría; era un ladrón, cubriendo su cara tras una capucha negra y armado con una pistola, apuntando al cajero de la tienda.

«Un momento, acaso... ¿Esto es lo que quería?, ¿algo emocionante en mi vida?, ¿mi momento de brillar y ser un héroe?»

Sin dudar, corrí con rapidez hacia el ladrón y lo embestí, dándole un buen golpe en la cara.

Después de agitar la cabeza de un lado a otro, el ladrón respondió furioso.

—¿Qué te pasa, niño malcriado?!, ¿no te enseñaron a respetar a tus mayores?

—¿Y a ti no te enseñaron a trabajar para ganarte tu propio dinero? —contesté, enojado.

—¿Qué te importa!, ¿quién eres tú?! —Me señalaba, furioso.

—Me llamo Hideki Nakamura, ¡y hoy terminarán tus días de crimen!

Me miró con pena y, tras mantenerse en silencio durante unos segundos, comenzó a reír a carcajadas.

—Ja, ja, ja, deja de jugar al héroe, niño; esto es el mundo real, donde todos te hieren y lastiman por cualquier razón. Los héroes no existen... Grábate eso en la memoria.

Apuntó su arma contra mí. Lo miré fijamente a los ojos, tenía la sensación de que había algo extraño en él. Sus palabras me dejaron pensando.

—Esto te pasa por entrometido.

Disparó el arma, dándome en el pecho.

No sentí dolor hasta unos segundos después.

«Así que, ¿este es mi fin? Viví una vida corta, pero feliz. Mis padres me querían, aunque no pasaban tiempo conmigo, y tenía tres grandes amigos».

Caí al suelo, mientras me desangraba por la herida.

«Entonces, ¿esto es lo que se siente morir?»

Observaba al ladrón de reojo, quien estaba frente a mí. Perdí el olfato; ya no podía percibir aquel olor metálico de mi sangre. Perdí el tacto; ya no sentía dolor alguno. Mi vista se nublaba poco a poco. Veía los ojos de aquel hombre y podía observar una sonrisa debajo de esa capucha. Aún escuchaba a las personas; el cajero gritaba que llamaran a la policía.

El ladrón se agachó y me susurró.

—Nos vemos allá, Nakamura.

«¿Qué...?»

Perdí la conciencia y... ¿Fallecí?



Capítulo uno

¿Algo después de la muerte?

Aquel héroe de otro mundo.

Desperté confundido. Estaba en una gran habitación elegante y rústica, acostado sobre una cama muy cómoda. Me levanté poco a poco y me senté.

«¿Dónde estoy?», me preguntaba, mirando fijamente la pared.

No tenía playera. Me cubría una venda enredada sobre mi pecho.

—Al fin despiertas —escuché una voz junto a mí.

Al voltear, vi a un joven muy guapo y elegante, alto y delgado, era el sueño de cualquier chica.

—¿Q-quié eres tú?, ¿d-dónde estoy? —respondí, con voz temblorosa y confundida.

—Cálmate, por favor —exclamó el joven, observándome con esos ojos verdes y brillantes.

—Es cierto, fallecí, ¿entonces esto es el cielo?, me lo imaginé más bonito.

—¿De qué estás hablando? —preguntó.

—¿Eh?, ¿tú no eres dios?

—¿Dios?, por supuesto que no. Mi nombre es Harald, soy el príncipe de este reino.

—¿Del reino celestial?

—¡Qué no!, te encuentras dentro del castillo real, perteneciente al reino de Hikariyami.

—Hikariyami, ¿qué es eso? —pregunté, confundido.

—¿Qué? ¿En serio no lo sabes? —Me observó sorprendido—. ¿Cuál es tu nombre y de dónde vienes?

—Soy Hideki Nakamura, vengo de Japón, de la ciudad de Tokio.

Él permaneció en silencio mientras me miraba sin comprender nada, jugando con un mechón de su cabello rubio y un poco largo.

—La verdad es que no comprendo, —respondió— contéstame otra cosa, ¿cómo terminaste tirado en la parte trasera del castillo?

—¿Tirado?, Pues salí de casa, apareció un ladrón, quise jugar a ser el héroe, me disparó y supuestamente fallecí. Ahora estoy aquí hablando contigo sin entender nada

—Aquí el confundido soy yo. No sé qué es Japón, no tengo idea de a qué te refieres respecto a tu muerte y no sé por qué estabas tumbado con una herida en el pecho.

Lo miré con seriedad, intentando mantener la calma.

—Y estás bastante tranquilo a pesar de todo.

—Sí, bueno... Siento que preocuparme no me servirá de nada —respondí.

—Tu herida en el pecho, ¿fue culpa del disparo?

—Sí —Comencé a mirar a mi alrededor al responder—. ¿Tú me trajiste a esta habitación?

—No, fueron los guardias de la puerta trasera. Como estabas malherido, le avisaron a mi padre y te trajeron aquí.

—Ya veo. Aunque soy un completo desconocido.

—Estabas inconsciente, pero ahora que despertaste, si llegas a intentar algo, te ejecutarían sin dudarlo.

Lo único que hice fue bajar la mirada.

—Ya has sanado por completo, ¿puedes levantarte? —preguntó.

—Eso creo.

Harald me tomó la mano izquierda para ayudarme a levantar, pero observamos algo que nos dejó impactados por completo.

—P-pero... ¿Qué? —Harald observó mi muñeca, muy sorprendido y quedándose sin palabras.

Volteó y me miró a los ojos.

—Eres igual a ellas —susurró.

—¿De qué hablas?, ¿qué...? ¡¿Qué es esto!?

Una marca de llama en forma de fénix, de un intenso color carmesí, apareció en mi muñeca.

—Ay, no, ¿qué es esto?, yo no tenía ningún tatuaje, ¿de dónde salió? —pregunté, alterado.

—No puede ser, ¡¿cómo no me di cuenta?! —Me soltó la mano y dio un paso hacia atrás.

—¡¿Qué rayos me hicieron mientras dormía?!

—Contigo ya son cuatro —dijo, sosteniendo su mentón.

—¿Cuatro?

—Tengo que informarle a mi padre.

Harald corrió hacia la puerta de madera, la abrió y se fue con mucha prisa.

—¡Oye, regresa aquí!, explícame qué es esto. ¡Ay! Ese tipo.

Me levanté de la cama y caminé hacia la puerta.

Corrí por el pasillo sin saber a dónde iba. Varios sirvientes me miraban con terror y disgusto.

Causé un gran alboroto, a tal punto de que los guardias comenzaron a perseguirme.

—¡Oiga, deténgase ahora mismo! —gritó uno de los guardias.

«Mierda, ¿qué es todo esto?»

Continué corriendo y girando por los pasillos que encontraba, hasta que terminé acorralado por los guardias.



Harald se encontraba en bastión central, charlando con el rey.

—¿Crees que tenga que ver algo con ellas? —preguntó.

—No tengo idea, pero si es así...

—¡Ay! ¡Ya suéltanme!

Llegué al bastión central, mientras dos guardias me sostenían por los brazos.

—Su majestad, encontramos a este tipo corriendo por los pasillos del castillo —comentó uno de los guardias.

—¿Hideki? —exclamó Harald.

Los guardias caminaron hasta que llegamos al trono donde se encontraba el rey.

Un hombre de al menos sesenta años de edad, con una brillante corona en su cabeza y una vestimenta digna de la realeza.

Ambos guardias me soltaron frente a él.

—¿Este es el joven que encontraron? —preguntó el rey, mirándome sin ninguna expresión.

—Así es, su nombre es Hideki Nakamura.

—Qué nombre tan extraño.

—Oigan, ¿alguien puede explicarme qué es todo esto? —pregunté.

—Joven, muéstreme la marca —exclamó el rey.

Me mantuve en silencio y mostré mi muñeca.

—Ya no hay duda alguna. Además de contar con la marca, desprende la misma aura mágica.

El rey se puso de pie y caminó hacia mí con un rostro serio.

—No eres de por aquí, ¿cierto?

—No —respondí con seriedad.

—Debes poseer un gran poder, al igual que ellas.

—¿Poder? No tengo idea de lo que signifique eso, pero, le aseguro que no sé cómo llego esta cosa a mi muñeca.

—¿Qué haremos?, padre —preguntó Harald.

—Parece que el destino lo trajo hasta aquí. No creo que represente algún problema.

—Entiendo.

—¡Daieel!

Un mayordomo un poco mayor se acercó a nosotros sin decir ni una palabra.

—Lleva al joven a darse un baño, y encárgate de su ropa —dijo el rey.

—Por supuesto, su majestad —respondió Daieel, haciendo una pequeña reverencia—. Por favor, sígame, lo guiaré al cuarto de baño.

—E-está bien —respondí.

Comencé a seguirlo por detrás, mientras Harald y el rey continuaron conversando.

—Ya casi oscurece, —dijo el rey— los otros monarcas no tardan en llegar.

Caminamos por un enorme pasillo, decorado con grandes cuadros, candelabros dorados colgando y una alfombra roja que cubría todo el piso. Un minuto más tarde, llegamos a una gran puerta de madera.

—Llegamos, por favor, entre —dijo Daieel.

Me acerqué a la puerta y la empujé con ligereza.

Quedé sorprendido al ver lo que había dentro, no eran duchas comunes y corrientes, sino un gran salón con una enorme tina en el centro. El vapor salía de esta debido al agua caliente. Había unas cuantas duchas del lado izquierdo de la tina.

—Por favor, quítese la ropa.

—¿Qué?!

—Necesito que me dé su ropa para encargarme de ella. La prenda que el príncipe le dio al sastre está casi lista, yo me encargaré de sus pantalones y ropa interior.

—E-está bien, pero...

Daieel señaló una estantería que estaba dentro del cuarto de baño, donde había decenas de toallas dobladas.

—Oh, sí.

Tras quitarme la ropa y dársela, Daieel cerró la puerta a mis espaldas, mientras yo caminaba hacia las duchas cubriéndome con la toalla y la venda aún puesta.

Me paré frente a un espejo y comencé a quitarme la venda.

—Vaya...

Miré mi rostro con atención, después bajé la mirada para notar que tenía una cicatriz en donde había recibido el disparo.

—La herida desapareció. ¿Cómo sanaron algo así en tan poco tiempo? Hikariyami, no tenía idea de que existía un reino llamado así. Aunque no hay duda de que estoy en un castillo.

Miré la marca que estaba en mi muñeca.

—¿La misma aura que ellas?

Tras un rato, Daieel regresó con mi ropa.

—Increíble, quedó como nueva —exclamé, observando mi sudadera negra.

El agujero causado por el disparo había desaparecido.

—El rey me ordenó que lo mandara a su habitación y permaneciera allí.
Habrá una reunión importante dentro del castillo. Las sirvientas le llevarán la cena.

—Entiendo, muchas gracias por todo.

Sala de juntas real

En un vasto salón de nuestro noble castillo, estaba sentado en una majestuosa mesa redonda, magistralmente forjada de la más fina y robusta madera.

—Yo, Lodhet Hikariyami, doy por iniciado el consejo anual para decidir el destino de los cinco reinos y renovar la alianza en contra del ejército del arcángel maldito.

Frente a mí, se hallaban los monarcas de los otros cuatro reinos que conformaban nuestro vasto mundo: Hárten, Rimark, Ninger y Kardón.

—Su majestad, Hikariyami, ¿por qué seguimos haciendo esto? Nada de lo que hemos intentado ha rendido frutos —dijo el rey Eligar Hárten, con voz despreocupada.

—Aun así, hemos logrado salvar a muchas más personas a comparación de años anteriores —respondió la reina, Vannia Rimark.

—En mi reino aún hay reportes de aldeas esclavizadas por el ejército del arcángel maldito. Nos quedan pocas tropas; muchos han renunciado o fallecido en batalla —exclamó con tristeza el rey Frevin Kardón.

—Aunque, desde hace tres días, han disminuido los ataques por parte de su ejército. Tal vez todo nuestro esfuerzo no está siendo en vano —dijo el rey Vagari Ninger.

—No vamos a soportar mucho más, esos monstruos cada vez son más peligrosos. ¡Ni siquiera nuestros hechiceros más experimentados pueden contra ellos! —Eligar entró en desesperación y azotó sus puños contra la mesa.

Me levanté de mi asiento y avancé hacia la gran ventana que dominaba la estancia.

—Sí, ya no nos quedan opciones. Supongo que todo acabará pronto —respondí con un aire de gravedad y resignación.

—Disculpen, ¿qué me dicen de aquellas tres señoritas? —preguntó Vannia.

—¿Quiénes? —respondió Frevin, confundido.

Volteé mi mirada hacia ella al escuchar sus palabras.

—Sí, las chicas que nacieron con las marcas raras en sus cuerpos.

—Es cierto —Vagari se levantó de la silla, muy exaltado—, una vez vi pelear a una de ellas. Acabó con toda una horda de monstruos por su cuenta.

—Ya lo recuerdo —dijo Eligar—, aunque no creo que sea buena idea dejar el destino de este mundo en manos de tres niñas solo porque nacieron con un poder especial.

—No hay otra alternativa —respondí mientras me acercaba a ellos con determinación—. Hace tres días, apareció otro joven con la misma característica.

—¿Qué?! —gritaron los cuatro al mismo tiempo.

—¿Dónde está?! ¡Quiero verlo! —Exclamó Vannia, muy emocionada.

—No creo que sea buena idea hablar con él en este momento —respondí.

—¿Creen que él tenga algo que ver con la disminución de ataques?

—Dijo que apareció hace tres días, ¿no? —comentó Vagari—. El mismo día que los monstruos dejaron de atacar.

—Tal vez sea un buen augurio —mencionó Frevin.

—Bueno, ¡está decidido! —Eligar se puso de pie—. Mandaremos a esos cuatro guerreros a derrotar a ese maldito monstruo —dijo emocionado.

«Espero que acepten esta petición», pensé preocupado.

Habitación de Hideki

Ya había pasado un rato desde la cena, no podía dormir a pesar de que parecía ser tarde.

Estaba tumbado en la cama, observando la marca. Después de pensar mucho y haber visto por la ventana todo el reino rodeado por una gigantesca muralla, llegué a la conclusión de que me encontraba en otro mundo.

—Aún no comprendo muy bien, terminé en un mundo diferente. Ahora que lo pienso... ¿Qué habrá sido en mi mundo? ¿Cómo habrán reaccionado mis padres? ¿Seré otro yo o el mismo que murió? Si llegara a ser otro yo... ¿Significa que hay dos yo?, el yo de aquí y el yo de mi mundo, pero el yo de mi mundo está muerto. ¿Entonces yo soy un yo diferente?, o yo soy el verdadero yo, y si soy un yo diferente y tengo los mismos recuerdos que el yo real, o el otro yo era el yo diferente.

En ese momento mi cabeza iba a explotar, había supuesto tantas teorías.

—Hideki, ¿estás despierto?

La voz de Harald sonaba del otro lado de la puerta mientras le daba pequeños golpes.

—Adelante —respondí.

Me levanté y me senté en la cama mientras él entraba a la habitación. Caminó y se puso frente a mí.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Bien, supongo.

Tras unos segundos de silencio, él me preguntó:

—Dime, ¿por qué me ocultaste lo de la marca?

—¿A qué te refieres? —le respondí con tono confuso.

—A eso. Las personas como tú emanan una gran cantidad de aura mágica, en otras palabras, tienen un gran poder elemental en su interior. Por la forma de tu marca, supongo que posees magia de fuego.

—¿Eh?, n-no lo creo. Yo no poseo magia o algo así.

—Tranquilo, no tienes por qué ocultarlo.

—No, es que yo...

—Mañana conocerás a las chicas, van a llevarse bien.

Harald se levantó y caminó hacia la puerta para abrirla.

—Descansa, puede que mañana sea un día muy largo.

No dije nada más. No tenía caso hacerlo.

Al amanecer

Estaba en un profundo sueño, no había ni un ruido molestando, hasta qué:

—¡Ah! ¿Y eso qué fue?

Una fuerte alarma comenzó a sonar por todo el reino, despertándome y causándome un gran susto.

**Alerta de ataque enemigo, que todos los aventureros y soldados reales se reporten en la puerta este del reino. Repito, alerta de ataque enemigo... **

—¿Ataque enemigo?

—¡Hideki!

Harald, alterado, gritó mi nombre y entró corriendo a mi habitación.

—¡Tienes qué ayudarnos! Ven conmigo a la puerta este.

—¿Q-qué?! —respondí.

—¡Rápido, sígueme!

Salió corriendo y yo detrás de él sin saber qué hacer.



Tras llegar al centro del reino, todas las personas estaban aterradas, refugiándose en sus hogares. Mientras los que podían pelear, corrían a la puerta este.

—¿Qué está pasando?! —pregunté, corriendo a su lado.

—¡El ejército del arcángel se está acercando al reino!

—¿El ejército de quién?!

Continuamos corriendo junto a otros guardias hasta llegar a la puerta este, donde estaban reunidos varios guerreros.

—¿Cuál es la situación? —dijo Harald.

—Un grupo de troles y unas cuantas arpías —respondió el comandante.

La puerta se encontraba rodeada de un fuerte hecho con estacas de madera y pinchos de acero. Por encima de la muralla, había soldados con arcos y flechas en llamas, al igual que hechiceros apuntando con báculos hacia los monstruos.

—¿Q-qué es eso...? —susurré.

A lo lejos, observé un ejército de seres grandes y pequeños; algunos parecían rocas, mientras que otros tenían el cuerpo rojizo. Todos portaban

diferentes armas: espadas, hachas y báculos. En el aire, había unas cuantas águilas gigantes de color negro, mientras el brillo de sus ojos color esmeralda se apreciaba desde donde estábamos.

Todos los guardias rodeaban la puerta, mientras los que peleaban cuerpo a cuerpo se encontraban fuera del fuerte.

—¡No dejen que ninguno entre al reino! —indicó Harald.

—¡Atención!

Al escuchar al comandante, todos los demás tomaron postura de defensa.

—¡No dejen que ninguna bestia cruce esta muralla!

—¡¡¡Sí!!! —gritaron todos.

Los aventureros de enfrente atacaron primero. Guerreros y paladines fueron a atacar a los troles; al mismo tiempo, los hechiceros de la muralla atacaban a las arpías.

Algunos troles lograron evadir a los aventureros, dirigiéndose hacia los guardias.

—¡Apunten! —gritó el comandante.

Los soldados tensaron sus arcos y apuntaron hacia los troles.

—¡Fuego!

Las flechas en llamas salieron disparadas contra ellos, trataban de esquivar y detenerlas con sus armas, pero les era imposible.

Yo solo observaba detrás del comandante, escuchaba el choque de las espadas y las explosiones de los hechizos. Estaba muy sorprendido.

Todas las arpías habían caído y los pocos troles que quedaban retrocedieron, menos uno.

Este último sacó un cuerno de su bolso y sopló con fuerza.

—¿Qué hace? —preguntó el comandante.

Tras el fuerte ruido que provocó el cuerno, la tierra comenzó a temblar.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—Hay algo debajo de nosotros...

Un fuerte rugido surgió de abajo. La tierra se alzó como si de una explosión se tratase, mandando a volar a los aventureros.

Todo el polvo se dirigió a nosotros, causando que no pudiéramos ver lo que sucedía. Solo podíamos escuchar gruñidos.

—¡Tenga cuidado, comandante! —gritó un soldado que estaba en la muralla.

—¡Ventisca!

Una hechicera lanzó una fuerte ráfaga de aire para alejar el polvo.

—¿Q-qué es esa cosa? —pregunté, asustado.

Frente a nosotros había un enorme león de color negro, cuya melena estaba hecha de llamas azules.

—¿Qué demonios hace aquí? —exclamó el comandante.

—Un Elbaa. Es atraído por aura mágica, significa que detectó una poderosa aura en el reino. ¡Hideki! —gritó Harald.

—¿Eh?

—Tu aura fue quien lo trajo aquí, puedes encargarte de él.

—¡¿Qué?! ¡¿De qué hablas?!

El Elbaa abrió el hocico y comenzó a cargar un rayo color púrpura, apuntando hacia nosotros.

—¡Será mejor que te des prisa!

—¡Olvídalo, no puedo hacerlo! ¡Oigan, ¿qué hacen?!

Los soldados que estaban detrás de mí me empujaron fuera del fuerte.

—¡Dale duro, Hideki! —gritó Harald.

—¡¡¡¿Qué?!!!

El Elbaa lanzó su rayo púrpura contra mí.

«Entonces, ¿así moriré por segunda vez?»

Todo lo que veían mis ojos iba en cámara lenta, mi muerte se aproximaba una vez más.

—¡Glaciar maldito!

Una enorme pared de hielo apareció frente a mí, haciendo que el rayo chocara contra esta.

—Ay dios... —susurré.

Alguien cayó frente a mí, era una chica peliblanca.

—¿Estás bien? —preguntó, mirándome con seriedad.

Mantuve el silencio por unos segundos para apreciar su belleza y disfrutar de su dulce voz.

—S-sí, gracias.

Ambos nos miramos fijamente. Podía observar mi reflejo en sus brillantes ojos azules.

—Oye, ¿tú eres...?

—¡Señorita Borione! —gritó el comandante, interrumpiéndola.

Ella reaccionó segundos después.

—¿Eh?, s-sí, perdón por llegar tarde. ¿Están todos bien?

—No se preocupe, estamos bien.

—Escuchen, vayan a tratar a los heridos y aléjense de aquí. Yo me encargo de esto.

—¡Entendido!

Todos los soldados y Harald se fueron de inmediato.

—Oye —habló dándome la espalda—, dame un momento.

—Por supuesto —respondí, atontado.

De un salto cruzó la barrera de hielo y se lanzó contra el Elbaa.

Rodeé el muro para ver lo que ocurriría.

—¡Oye, bestia!

El Elbaa miró hacia arriba. La chica estaba cayendo hacia él con su puño brillando y cubierto de hielo.

—¡Golpe helado!

Logró acertar el puñetazo en su cabeza, llevándolo al suelo y estampándolo contra él.

—¡Increíble! —exclamé.

El Elbaa, enfurecido, se levantó, sacudió su cabeza y pegó un fuerte rugido contra la chica.

—Vaya, eres bastante resistente —dijo ella con una sonrisa.

—Es un Elbaa, una criatura de rango superior.

Una chica apareció detrás de ella.

—Mizuri, ¿estabas aquí? —preguntó la chica peliblanca.

—Acabo de llegar —caminó y se colocó a su lado.

Observé a aquella chica acomodando su largo cabello azulado. Era igual de hermosa que la chica peliblanca.

—Me sorprende que un rango superior llegara hasta aquí —dijo Mizuri—, sobre todo un Elbaa. Ellos olfatean el aura mágica descontrolada y se enfocan en donde se concentre con mayor poder.

—¿Entonces detectó una enorme fuente de aura mágica sin control?

—Es correcto. Yo también puedo sentirla, está muy cerca.

Mizuri juntó sus manos y creó una burbuja de agua, después la moldeó en forma de una lanza.

«Increíble, controla el agua», pensé, muy emocionado.

—Es un aura similar a la nuestra —dijo Mizuri— pero no hay ninguna otra. Es bastante extraño.

—Creo que ya sé de quién se trata.

—¿En serio?

—Sí, pero primero, encargarnos de él.

Ambas miraron al Elbaa, listas para atacar.

De repente, un fuerte trueno retumbó en el cielo y un potente rayo cayó sobre el Elbaa, iluminando todo por unos segundos.

No lo había electrocutado. Fue como si hubiera recibido un potente golpe.

Al desvanecerse el brillo, noté a una chica con su puño en la cabeza del Elbaa, ella era el rayo que lo había golpeado.

—Llegaste tarde —dijo Mizuri.

—Ja, ja, ja. Lo siento, me retrasé un poco —respondió.

Aquella chica saltó desde la cabeza del Elbaa y cayó frente a las demás.

Ambas se relajaron. El arma de Mizuri volvió a ser líquida y se regó por el suelo.

—Vaya, esa cosa sí que daba miedo —dijo, con una voz tierna y pícara.

Acomodó su cabello rubio y corto hasta los hombros, mientras mantenía una gran sonrisa.

—¡Pero no se preocupen! Ya estoy aquí para... Ah, ya se murió.

El Elbaa comenzó a desvanecerse como ceniza.

—En fin... —dijo Mizuri con un suspiro.

—Oigan, ese chico nos está observando —dijo la chica rubia, juzgándome con la mirada.

—¡Ya me vio! —exclamé.

—Kori, ¿eso es a lo que te referías? —preguntó Mizuri.

—Sí, lo noté cuando lo vi de frente.

—¿Eh?, ¿quién es él? ¡Ya díganme! —expresó la rubia con desesperación.

—¡Oye! —La chica peliblanca me hizo una señal para que fuera con ellas.

Un poco nervioso, salí de detrás del muro y caminé hacia ellas.

—No hay duda, él es la fuente de poder del aura mágica —mencionó Mizuri.

Al llegar, las tres me rodearon y me miraron con seriedad.

—O-oigan... —hablé con nerviosismo.

—Dinos, ¿cuál es tu nombre? —preguntó la chica peliblanca.

—Hideki Nakamura.

—Qué nombre tan extraño.

—S-sí, es que no soy de por aquí.

—¿De dónde vienes?

—Oye, antes de preguntarme por mi vida, ¿no deberían al menos decirme su nombre?

—Sí, supongo que sí —respondió, tras unos segundos de silencio.

La chica rubia me tomó la mano y comenzó a sacudirla de arriba abajo.

—¡Yo primero! ¡Soy Raitoni Nindara!, mucho gusto.

—¡Mucho gusto! —contesté sonriendo al ver que era una chica muy alegre.

Me soltó la muñeca y enseguida, la chica de cabello azul se me acercó.

—Soy Mizuri Nakara, un placer —dijo, haciendo una reverencia.

Su voz y mirada eran bastante gélidas, sin embargo, sus resplandecientes ojos de color similar al de su cabello la hacían ver menos seria.

—Kori, Kori Borione.

Su dulce y melódica voz me fascinaba, definitivamente me había enamorado.

—S-sí, mucho gusto.

Las observé por unos segundos y me di cuenta de que al igual que yo, las tres tenían una marca del mismo estilo.

En la muñeca derecha, Kori tenía la marca en forma de copo de nieve, con una especie de tigre en el centro.

Mizuri la tenía en el brazo derecho, hecha con forma de monstruo marino formando una gota de agua.

La de Raitoni estaba en su muslo izquierdo. Era un tipo de dragón formando un rayo.

Raitoni tomó mi mano y observó mi marca.

—¡Vaya! Tú eres como nosotras —Sus ojos dorados se iluminaron al decir eso.

—¿Un fénix? —preguntó Mizuri.

—¡Oigan!, ¿se encuentran bien?!

Harald venía corriendo hacia nosotros.

—Príncipe Harald —exclamó Raitoni.

—Vi ese enorme rayo desde lejos —comentó tras llegar con nosotros.

—No se preocupe, ya todo terminó —respondió Kori.

—Parece que no fue problema para ustedes.

—Por supuesto que no —exclamó Raitoni—. Primero hice: ¡Rrrr!, luego, ¡brrrum!, y al final, ¡zaaas! —dijo, moviendo todo su cuerpo de un lado a otro.

—Ya habían pasado seis meses desde el último ataque en contra del reino —dijo Mizuri.

—Cierto, por suerte andaban por aquí —comentó Harald—. Vine a buscarlas. Mi padre quiere hablar con ustedes.

—¡El rey! —proclamó Raitoni.

—¿Cuál es el asunto que quiere tratar? —preguntó Mizuri.

—No tengo idea, solo me pidió que les diera ese mensaje a los cuatro.

—¿Qué?, ¿yo también? —respondí, señalándome.

—Tal vez sea por lo de hoy —exclamó Kori.

—Por favor, acompáñenme al castillo.

Harald dio la vuelta y comenzó a caminar por delante de nosotros.



Al llegar al bastión principal del castillo, fuimos hacia el trono del rey, donde estaba sentado. Harald se quedó en la entrada.

Ellas tres se arrodillaron ante él, yo lo hice unos segundos después al darme cuenta de lo que hacían. Estaba al lado de Raitoni.

—Su majestad, ¿cuál es la razón por la que solicitó nuestra visita? —preguntó Kori en tono serio.

—Agradezco su presencia, pónganse de pie.

Los cuatro nos levantamos y lo miramos sin decir nada.

—Me alegra que todo haya salido bien.

El rey estaba hablando con dificultad y angustia.

—Disculpe, ¿se encuentra bien? —preguntó Raitoni, preocupada.

Su única reacción fue bajar la mirada y apretar los puños. Después habló tras unos segundos de silencio.

—El ejército del arcángel maldito cada vez es más fuerte. Cada ataque es mucho peor que el anterior. Es gracias a ustedes que hemos podido tener todo bajo control, por eso, quisiera pedirles un enorme favor.

—Por supuesto, —afirmó Kori— ayudaremos con lo que sea.

—Los cuatro han demostrado tener una gran fuerza y dedicación desde su nacimiento —El rey se levantó del trono.

«Pero yo no he demostrado nada», pensé.

—Ustedes han sido los únicos humanos en poseer esa marca en sus cuerpos, la cual otorga un poder igual o mayor a la de una bestia de rango superior. Por ello, en nombre de los cinco reinos, les imploro: pónganle fin a esta era de horror y sufrimiento.

El rey se arrodilló frente a nosotros. Quedamos muy sorprendidos al verlo.

—¿P-por qué hace eso?! —preguntó Raitoni, alterada.

—Por favor, terminen con el reinado del arcángel maldito. Ustedes son los únicos que pueden salvar este mundo.

—¿D-derrotarlo a él? —murmuró Kori.

Mizuri se mantuvo seria y en silencio.

Raitoni quedó boquiabierta.

Yo estaba confundido por no saber qué era un arcángel maldito.

—Sé que estoy pidiendo mucho, pero, ustedes son lo único que nos queda.

Se puso de pie y nos miró con pesar.

—B-bueno, siendo sincera...

—¿De verdad cree que un humano pueda derrotar a un dios? —preguntó Mizuri, interrumpiendo a Raitoni.

Todos nos quedamos en silencio, mirando a Mizuri con seriedad, mientras continuó hablando.

—Este poder no es más que una maldición que contrajimos cuando nacimos.

—Les pido disculpas, no tienen que aceptar si no quieren...

—Yo lo haré —dijo Kori, interrumpiendo al Rey.

—¡¿Qué?! —gritaron Mizuri y Raitoni al mismo tiempo.

—Estoy cansada de ver a personas sufriendo por ese maldito, además, yo también perdí mucho por su culpa. Quiero que pague por todo el dolor que ha causado —Apretó los puños y frunció el ceño con enojo.

—Kori, sabes que su poder está muy por encima de cualquiera —dijo Mizuri.

—Lo sé, pero, quiero hacerlo. No quiero que nadie más pase por lo que yo pasé. Mi madre me lo dijo antes de morir: haz que tu maldición sea una bendición para todos los demás.

Kori relajó su cuerpo y mostró una triste sonrisa.

«¿Su madre murió?», pensé.

—No podrás hacer nada tú sola, entonces... iré contigo —Mizuri la miró con satisfacción.

—¡Oigan, no me excluyan! ¡Yo también iré! —exclamó Raitoni, con ánimo.

Las tres me miraron fijamente junto con el rey, esperando mi respuesta.

Miré mi marca sin reacción alguna, y respondí.

—Lo siento, pero...

—¡Claro que viene! —dijo Raitoni.

—¿Qué?!, pero yo...

—Creo que ya no tienes opción —expresó Mizuri.

El rostro del rey cambió a uno lleno de felicidad y esperanza.

—Pero primero, necesitamos un mes para prepararnos —propuso Mizuri.

—Por supuesto, tomen el tiempo que necesiten —respondió el rey.

«¿Qué rayos está pasando aquí?», pensé, muy confundido y asustado.

Ellas tres se volvieron a arrodillar. Raitoni me dio un pequeño golpe en la rodilla para que hiciera lo mismo.

—Yo, Kori Borione.

—Mizuri Nakara.

—Raitoni Nindara.

—Hi-Hideki Nakamura.

—Nosotros, nos comprometemos a salvar este mundo de la oscuridad y ayudar a todo aquel que lo necesite, por el bien de la humanidad —exclamaron al mismo tiempo.

«Algo me dice que ya esperaban una situación así»

Aquel que se hace llamar dios.

Los cuatro llegamos a la parte trasera del castillo. Íbamos caminando uno al lado de otro.

Mientras ellas continuaron, yo me detuve y agaché mi rostro. Las tres se detuvieron y me miraron confundidas.

—¿Por qué decidieron por mí? —pregunté con voz átona.

—¿A qué te refieres? —preguntó Kori.

—He estado intentando decir esto desde que llegué aquí, pero nadie me hace caso.

—¿Qué cosa, Hideki? —exclamó Raitoni.

—Yo... ¡Yo no sé usar magia!

—Oh, sí, ya sabíamos —respondió Kori.

—¿Qué?

—Sí. Desde que te vi, supe que no controlabas tu poder, es por eso que ese ejército de monstruos vino hasta acá, sobre todo al Elbaa.

—¿Entonces por qué aceptaron si sabían que no podría pelear?! —grité, un poco molesto.

—Por eso pedí un mes de preparación. Vamos a entrenar. —dijo Mizuri.

—Ahora que lo pienso. —Kori dio media vuelta y dos pasos al frente —
¡¿Cómo vamos a hacer eso?!

La seriedad de Kori se esfumó en cuestión de segundos.

—No es tan difícil, se ve que aprende rápido —mencionó Raitoni, señalándome.

—¡No me refiero a eso! ¡¿Cómo vamos a derrotar a esa cosa?! —Kori caminaba de un lado a otro sin parar.

—¿Te refieres al arcángel? —preguntó Raitoni.

—Creí que al aceptar ya tendrías un plan en mente —dijo Mizuri.

—La verdad, me dio pena decir que no —Kori puso un rostro avergonzado y se tumbó de rodillas.

—Me lo imaginé —Mizuri la miró con disgusto.

—Oigan, ¿qué es un arcángel maldito? —Interrumpí su conversación.

Las tres me miraron con sorpresa y mantuvieron el silencio por unos segundos.

—¿En serio acabas de preguntar eso? —exclamó Mizuri.

—¡Hideki! ¿Aceptaste pelear contra él sin siquiera saber lo que es? —preguntó Raitoni.

—Les recuerdo que no me dejaron hablar —susurré.

Mizuri suspiró y comenzó a hablar.

—Hace mil trescientos años, este mundo estaba al borde del colapso, todo fue azotado por grandes desastres naturales que destruían todo a su paso, era el fin del mundo.

Un día, cuando todos habían perdido la esperanza, un ser divino llegó a la tierra, no tenía rostro, solo un gigantesco ojo azulado rodeado de seis grandes y blanquecinas alas de ángel.

Aquel ser era muy agradable a la vista y nadie sabía de donde provenía. Era tan poderoso que acabó con el desastre en un santiamén. Los humanos y bestias le daban ofrendas y riquezas como agradecimiento, así fue durante cien años... Hasta que algo ocurrió.

Él pensó que todo lo que le daban no era suficiente para pagar por lo que había hecho, su poder y orgullo lo consumieron en una gran oscuridad, tomó una forma humana y destruyó todo a su paso.

Nadie podía hacerle frente, ni siquiera los mejores hechiceros de aquella época, él era un dios, cuyo nombre es “Aldór el arcángel maldito”.

Construyó su reino en el otro extremo del planeta y corrompió a las bestias para que le obedecieran. Desde aquel día hemos vivido bajo su reinado de oscuridad.

—Vaya, eso suena aterrador —comenté.

—Eso es solo el principio —Raitoni me tomó de los hombros—. Tras marcar territorio, maldijo a otras siete personas y las convirtió en la élite de su ejército.

—Los siete arcángeles —Kori se levantó del suelo y caminó hacia mí.

Raitoni me soltó y se hizo a un lado.

—¿Los siete qué? —pregunté, asustado.

—Los siete arcángeles, lo único que está por encima de ellos, es el mismo Aldór. Han sido pocas las veces que se han hecho presentes, así que no sabemos mucho.

—No nos permitirán llegar a él tan fácilmente —dijo Mizuri—. Primero hay que deshacerse de ellos.

—Su poder es tan devastador que pueden destruir reinos de un solo ataque —susurró Raitoni, moviendo los dedos para intentar asustarme.

—Por eso, primero debemos entrenarte —dijo Kori.

—¿En serio podemos ganarle a una de esas cosas? —pregunté.

—¡No tengo idea! —gritó Kori, en tono burlón.

«Vamos a morir» pensé.

—Hola, Hideki.

Harald llegó a donde estábamos reunidos.

—Harald, ¿qué sucede? —pregunté.

—Perdón por interrumpirlos, pero, ¿podrías venir conmigo un momento?

—Sí, está bien.

Las chicas no dijeron nada. Observaron cómo me iba con Harald hacia el interior del castillo.

Llegamos a mi habitación. Él se detuvo frente a la puerta y me miró.

—¿Suced algo? —pregunté, confundido.

—Desde que despertaste, no has tenido tiempo para adaptarte a todo lo que está pasando. Por eso, quiero darte un regalo de parte de los sastres, para agradecer tu ayuda.

—¿Un regalo?

Harald abrió la puerta de la habitación. Ahí había un maniquí con ropa puesta.

—¿Eso es...?

—Así es, lo hicieron a tu medida y cualidades.

—¡Es increíble!

Era una gabardina color rojo carmesí junto a unos guantes negros y un cinturón de cuero rojizo con una argolla de plata con forma de mi marca.

—¿Qué opinas? —preguntó.

—Es perfecto, muchas gracias.

—Me alegra que te guste. Bueno, tengo que irme, necesito arreglar unos asuntos de príncipe.

—Claro, muchas gracias.

Harald salió de la habitación y cerró la puerta.

Tomé el traje del maniquí y me lo puse. Me miré al espejo.

—Guau, parezco otra persona.

—¡Vaya, eso te queda muy bien!

Escuché una voz detrás de mí. Al voltear, eran las chicas.

—¡Gracias! Fue un regalo de los sastres.

—Está hecho de la misma tela que las nuestras—comentó Mizuri—. Una tela mucho más resistente que la común.

—Perfecto para aguantar tu entrenamiento —dijo Kori, sonriendo.

—Mi entrenamiento... —susurré.

—¿Estás listo?

—Supongo que no tengo otra opción, así que... ¡Voy a esforzarme!

Las tres me respondieron con una pequeña sonrisa.

—Entonces, ¡andando! —gritó Raitoni, emocionada.